

COMO LA VIDA MISMA

Mi suegro tiene una casa muy bonita en las afueras, no uno de esos chalets “acosados” que se llevan tanto, sino un edificio rodeado de su terrenito. Tiene diversos elementos que me encantan, pero hay dos que me seducen especialmente, la chimenea y la piscina.

La chimenea está en el salón, en una de sus esquinas, que convierte en chaflán, y la piscina lógicamente en el exterior, muy cerca de un ventanal de la mencionada pieza.

El caso es que, como se puede fácilmente entender, nunca coinciden en su uso la una con la otra, sino todo lo contrario, parece imposible que se dé esa concurrencia en una misma época del año.

Mas me ocurrió cierta anécdota, que aunque parezca chiste o fábula es del todo real, como la vida misma, en la que disfruté, en el breve plazo de no llegó a una hora, de los beneficios y desventajas de ambos dispositivos.

Era apenas primeros de octubre, pero el invierno, que eso no puede decirse que fuera otoño, se nos había echado encima con todo su rigor. Además de repente, sin avisar, que hacía sólo unos días estábamos en manga corta e incluso bañándonos en la “pisci”, de hecho el agua estaba aún tan limpita, con tan sólo un poco de hojarasca flotando más el cadáver de alguna avispa.

Me daba un paseo por el jardín, cuando observé con pena que el aire había empujado la pelotita de una de mis sobrinas hasta el agua. Como estaba cerca del borde, decidí agacharme a cogerla, en principio parecía que bastaba con agacharse y alargar el brazo.

No me explico muy bien que es lo que pasó, quizás forcé la postura demasiado, pero el caso es que acabé sumergido en el helado líquido. Fue un microsegundo lo que permanecía en la piscina; como si fuera una película de risa en las que invierten la escena, creo que salí más rápido de lo que tarde en caer.

Estaba muerto de frío, entre rápidamente en la casa, por cierto, si no lo he mencionado me encontraba solo, y como en un suspiro me desprendí del calzado y de toda la ropa, me sequé raudo con una toalla del cuarto de baño, agarré un pijama que encontré en el dormitorio de mis suegros, y por último me envolví en una manta.

No era suficiente, no entraba en calor y ya me preocupaba la tiritona que tenía, de modo que tuve la idea de arrebujarme muy cerquita de la chimenea.

Ahora si que fui cogiendo temperatura, dejé de temblar y al poco me entró un agradable sopor.

Sin duda fue alguna pavesa que saltó de la lumbre la que originó la tragicomedia. Me desperté envuelto en llamas. Como una centella me despojé de la inflamada manta y tuve la entereza de, en vez de intentar apagarla allí con el peligro de extender el incendio, correr hacia el ventanal, cosa un tanto desaconsejable pues avivé imprudentemente el fuego, abrirlo y arrojar la prenda al exterior donde se consumiría sin peligro si no conseguía extinguir yo el fuego.

Ya me disponía a salir por la puerta para a la carrera llegar al jardín, cuando descubrí que el propio pijama, en concreto una de las perneras, estaba ardiendo y las llamas comenzaban a morder mi piel.

Fue tal el terror que me entro, lo de antes sólo era pavor, que mi cerebro encontró una única solución definitiva, ¡la piscina!, estaba tan a mano. Salte por el ventanal, di dos zancadas y me arrojé en plan bomba donde más cubría.

Bien, se puede uno imaginar donde terminé. Cómo la quemadura de la pierna no llegaba ni a eritema solar, bastó con un poco de “aftersoon”. Una vez provisto de otro pijama y de otra manta, volví al calorcito de la chimenea, esta vez guardando una distancia como de un par de metros, y así, felizmente, acabó mi aventura.

Por favor, que no salga de entre nosotros la noticia.